

Ficción
histórica

LA MARCA

PAUL MASON • ILUSTRADO POR DAN BRIDY



Mc
Graw
Hill
Education

LECTURA
COMPLEMENTARIA

¡Usa la cabeza!

Aldred sonrió con cariño, tomó la cubeta y bebió varios tragos grandes, y al ver mi turbada expresión, frunció el ceño de forma compasiva y me preguntó qué me pasaba. Sin parar de mirarme los pies mientras hablaba, le conté a Aldred de Big y de la terrible historia que me había contado acerca de la vieja torre.

Cuando terminé de hablar, mi maestro se rio y me acarició el hombro.

—No deberías creer esos disparates —dijo con gentileza.

Avergonzado, arrastré los pies por el suelo rocoso. Me sentí un poco más tranquilo, pero no pude evitar preguntarle a mi maestro si estaba seguro de que la historia era falsa.

—Mira, muchacho, desde el principio de los tiempos ha habido algún tipo de fortaleza de donde se vigila este acantilado, y siempre hay cuentos sobre los lugares así de viejos, pero yo no creo en esos cuentos, y tú tampoco deberías. —Aldred me miró serio y seguro, y me devolvió la cubeta.

—¿Ha habido una fortaleza en este lugar todo ese tiempo?
—pregunté.

Aldred sacudió las manos sobre el amplio lugar.

—Bueno, ves donde estamos, ¿cierto? Desde este castillo se vigila el puerto, y el puerto es la entrada a las tierras. Un rey debe custodiar la puerta de entrada y mantener seguros a los comerciantes que entran y salen, ¿no crees? Un reino fuerte tiene que tener un castillo fuerte, por eso estamos tallando la piedra, muchacho.

Capítulo 2

¡Ladrón!

Miré a mi maestro con detenimiento, su rostro era la viva imagen de la concentración. Yo le alcanzaba las herramientas que requería, tratando de prever cuál necesitaría a continuación. “Cinzel”, balbucearía Aldred, o “cinzel de tenazas”, o tal vez “masa pesada”, cuando se refería a su martillo. Aunque había sido aprendiz de Aldred durante tres años, todavía me maravillaban la habilidad con la que manipulaba la piedra y la pericia de sus dedos; había aprendido mucho de mi amable maestro, y todavía me faltaba más por aprender.

Aldred me entregó el martillo, se limpió el polvo de la cara y yo lo puse con cuidado al lado de las otras herramientas de mi maestro. A Aldred le gustaba que sus herramientas estuvieran bien cuidadas; después de todo, eran esenciales para su trabajo. Las herramientas tenían su marca de albañil, y como aprendiz, una de mis labores era cuidarlas.

Cuando miré hacia arriba, vi que ya no había tanta niebla, el cielo se había despejado y el sol comenzaba a ponerse.

—Más vale que comiences a empacar pronto —dijo Aldred, leyéndome la mente mientras sus ojos miraban el cielo ensombrecido.

Mi maestro y yo habíamos estado en la obra menos de un mes. Bajamos desde Londres hasta el famoso puerto donde barcos de muchas tierras cargaban y descargaban, nunca había visto tantos barcos.

Se rumoreaba que el ingeniero del rey necesitaba más albañiles que trabajaran con piedra, pues su fortaleza, el símbolo del poder real, debía terminarse. Era preciso que estuviera listo para vigilar desde la cima de los acantilados, defender la nación y proteger la importante ruta de comercio.

Cuando llegamos a la obra del castillo, nos encontramos con una gran multitud de trabajadores, nunca antes habíamos visto tantos. Había albañiles montados en andamios inestables de madera, hombres haciendo girar hábilmente el torno, la gran rueda que levantaba los canastos de piedra, y transportadores de mortero que casi se doblaban por el peso de su carga. Ya conocíamos a los otros albañiles, incluyendo al maestro Hankin, que estaba a cargo de todos, y también al gruñón Big.

Pensando en Big, recordé su advertencia sobre la torre y me dio un vuelco el corazón. Miré las sombras que se extendían a mi alrededor e inmediatamente comencé a guardar las herramientas de Aldred.

A la mañana siguiente, al despertar, mi humor no había mejorado y vi que estaba lloviendo a cántaros. A regañadientes me arrastré hasta la obra donde los albañiles suspiraban y tomaban turnos bajo los aleros del refugio para continuar trabajando. Bajo el techo estaba más o menos seco, pero así como caían las ráfagas de lluvia, caía el ánimo de todos.

El ingeniero del rey controlaba el progreso de la obra desde la cima de la colina, tenía puesto un grueso abrigo y marchaba alrededor del castillo junto al maestro Hankin. Pude verlo haciendo gestos bruscos y no tuve que escuchar sus palabras para darme cuenta de que no estaba del todo contento. Poco después de que el ingeniero se fue, las cosas empeoraron.

Big caminaba a tropezones bajo la lluvia con un aprendiz temeroso a su lado, y enfadado buscaba algo en el lodo. Dejó al pobre aprendiz bajo la lluvia e irrumpió furioso en el refugio con la cara chorreando agua.

—Mi cincel se perdió —gritó. Observó a la multitud de albañiles y aprendices con los brazos cruzados, expresión amarga y mirada amenazadora.

Hicieron una pausa en el trabajo para revisar sus herramientas, pero no lograron encontrar el cincel de Big. Entonces Big me miró.

—¡Ladrón! —vociferó, agarrándome el brazo—, ¡responderás por esto!

